

te á los pastores; y en el año siguiente de haberse ceñido la corona imperial mandó prender al santo papa Sixto II. Al ser éste conducido al suplicio, Lorenzo, su diácono, le seguía llorando, y en su desgracia por no compartir con él sus dolores, le decía: «¿Dónde vais, padre mio, sin vuestro hijo? ¿Dónde vais, santo Pontífice, sin vuestro diácono? Jamás ofrecisteis el sacrificio sin que yo os sirviese en el altar; ¿en qué os he disgustado? Experimentadme de nuevo, y ved si habeis elegido un diácono indigno para la distribución de la sangre de Jesucristo.»

Movido el santo Papa de compasion y de ternura, le consoló diciéndole: «No te abandono, hijo mio; á tí, que te ballas en todo el vigor de tu juventud, te están destinadas una mas grande prueba y una victoria mas gloriosa, que no me han sido reservadas á causa de mi debilidad y muchos años; me seguirás dentro de tres dias.» Después de dirigirle estas palabras, le encargó distribuir entre los pobres los tesoros de que su Iglesia era depositaria, por temor de que fuesen presa de los gentiles, pues Lorenzo, en su calidad de arcediano de la Iglesia romana, cuidaba del tesoro de la Iglesia y de los pobres que alimentaba, empleo que suponía un raro mérito.

Fuera de sí de alegría al saber que no tardaría Dios en llamarle á sí, Lorenzo buscó cuidadosamente á todas las viudas y huérfanos indigentes, y les distribuyó cuanto dinero tenia en su poder, empleando para el mismo uso el producto de la venta de los vasos sagrados. La Iglesia de Roma poseía entonces riquezas considerables, pues no solo proveía á la manutencion de sus ministros, sino que socorria á un gran número de viudas y de vírgenes, y además á mil quinientos pobres del pueblo; en poder del obispo ó del arcediano obraba una lista de todos aquellos desgraciados. La Iglesia de Roma se hallaba tambien en estado de enviar abundantes limosnas á los países lejanos, cuyas riquezas, y sobre todo la magnificencia de los vasos sagrados, inflamaron la codicia de los perseguidores.

El prefecto de Roma resolvió apoderarse de ellas, y con este objeto mandó prender á Lorenzo, á quien dirigió estas palabras: «Vosotros, cristianos, os quejais con frecuencia de que se os trata con rigor; en el dia no se habla ya de tormentos, y me limitaré á pedirlos con dulzura lo que podeis darne. Sé que vuestros sacerdotes se sirven de vasos de oro para hacer ciertas libaciones, que

¹ Eusebio, lib. VIII, c. 22.

«reciben la sangre sagrada en copas de plata, y que en vuestros nocturnos sacrificios encendeis antorchas de cera, sostenidas por candeleros de oro; entregadme esos tesoros que ocultais, y de que tiene necesidad el Príncipe para cubrir sus grandes gastos.»

Lorenzo contestó: «Es cierto, la Iglesia es rica, y todos los tesoros del imperio no igualan á los suyos; de buen grado os los manifiestaré, y solo os pido un poco de tiempo para arreglarlos y ponerlos en orden.»

El prefecto no comprendió de qué clase de tesoros hablaba Lorenzo; así es que, imaginando que su prisionero le entregaría cuantiosas riquezas, le concedió un plazo de tres dias; cuyo tiempo empleó Lorenzo en recorrer toda la ciudad en busca de los pobres alimentados y socorridos por la Iglesia: llegado el tercer dia habia reunido á muchos; en primera línea hizo colocar á los ciegos provistos de un palo no para combatir, sino para guiarse; en seguida venian los cojos, con paso lento y desigual; unos, con las rodillas dislocadas, arrastraban con pena sus inútiles piernas, otros las tenían de palo; aquellos, reducidos á la mitad de lo que antes fueron, parecen mas bustos que hombres; á los cojos seguían los mancos, mezclados con aquellos cuyo cuerpo estaba cubierto de úlceras; todos son conocidos de Lorenzo, y todos le conocen ¹. El santo Diácono coloca á la muchedumbre frente de la iglesia, y dirigiéndose luego al encuentro del prefecto, le invita á visitar los tesoros de que le habló. ¿Quién podrá decir la sorpresa de aquel hombre codicioso al ver, en vez de cofres llenos de oro y plata, una multitud de miserables, algunos de los cuales inspiraban horror? Arrojando entonces sobre el Santo amenazadoras miradas, mandóle le explicase tan extraordinario espectáculo, y le insta para que le ponga de manifiesto los tesoros de la Iglesia.

«En las personas de estos pobres, díjole san Lorenzo, estais viendo los tesoros de la Iglesia; sus perlas y sus piedras preciosas son esas vírgenes y esas viudas consagradas á Dios; por ellas, la Iglesia, cuya corona son, es objeto de las gracias de Jesucristo. No hay

¹ Cuando se sabe el modo bárbaro con que los mendigos de profesion trataban á las criaturas abandonadas, á las que destinaban para mendigar por su cuenta, no causa extrañeza alguna el gran número de seres mutilados de que cuidaba la Iglesia de Roma. (Véase nuestra *Historia de la sociedad doméstica*, t. I).

«otros tesoros que estos, de los cuales podeis disponer en beneficio de Roma, del Emperador y vuestro.» Con estas palabras le exhortó á redimir sus pecados con la limosna, al mismo tiempo que le reveló el uso en que se empleaban los tesoros de la Iglesia.

Sin embargo, aquel hombre carnal, lejos de aprovecharse del tierno é instructivo espectáculo que tenia á la vista, exclamó en un transporte de ira: «Miserable, ¿cómo te atreves á burlarte de mí? ¿de este modo insultas mis hachas y mis haces¹? Ya sé que deseas la muerte, pero no creas que te prepare una muerte instantánea; prolongaré tus tormentos á fin de hacerte mas dolorosa la muerte; morirás poco á poco y por grados.» Dicho esto mandó colocar unas parrillas de hierro sobre carbones medio encendidos²; dos verdugos despojaron de su túnica al santo Diácono y le ataron sobre aquel terrible lecho, á fin de que el fuego penetrase en la carne insensiblemente. Mientras tanto rodeaba la cabeza del Mártir una auréola de luz, que distinguieron muy bien los cristianos, al mismo tiempo que sentían exhalar de su cuerpo un agradable olor; este doble prodigio permaneció oculto para los gentiles.

En tanto que las llamas materiales, dice san Ambrosio, obraban en el cuerpo del santo Diácono, el fuego del amor divino, que abrasaba su corazon con mucha mas actividad, sofocaba el sentimiento de los dolores que sufría. Nada pudo turbar la paz de su alma ni la tranquilidad de su rostro, de modo que despues de padecer largo tiempo el horrible tormento imaginado por el tirano, dijo sin esfuerzo alguno y con toda naturalidad: «Ya puedes volverme, estoy bien asado de esta parte.» Obedecieronle los verdugos, y el Santo dirigiéndose al magistrado añadió: «Mi carne está bastante asada; puedes comerla.» El prefecto solo le contestó con insultos.

El santo Mártir, con los ojos fijos en el cielo, oraba con fervor por la conversion de Roma. «¡Oh Jesús! exclamaba, Dios único, única luz del universo; Vos habeis sido quien disteis á Roma todos los cetos de la tierra, á fin de unir á todos los pueblos en vuestro sagrado nombre; haced que Roma, la capital del mundo, se someta al yugo de la fe, á fin de que el Evangelio se propague

¹ Los magistrados romanos iban precedidos de lictores los cuales llevaban hachas y haces, simbolo del poder.

² Estas parrillas se conservan aun en Roma en la iglesia de San Lorenzo en Lucina, y la piedra cubierta de carbones en la de San Lorenzo extramuros.

«mas fácilmente á todas las provincias del imperio; Señor, borrad de la ciudad mas hermosa del mundo la vergonzosa mancha de la idolatria; enviad á vuestro Ángel para que le revele el verdadero Dios. Roma posee alguna prenda de esperanza, pues los Príncipes de los Apóstoles se han posesionado de ella en vuestro nombre. ¡Oh Dios mio! espero, sí, que en breve triunfaréis solo en esta ciudad de sus emperadores y de todos sus ídolos.»

Terminada su oracion espiró; el santo Diácono es la gloria de Roma como Estéban la de Jerusalem, y san Prudencio no vacila en asegurar que la entera conversion de Roma fué el fruto de la muerte y de las oraciones de san Lorenzo. Dios empezó á oír sus votos aun antes de que abandonase este mundo, pues muchos senadores testigos de tanto valor y piedad, cargaron ellos mismos sobre sus espaldas el cuerpo del santo Mártir, y lo enterraron honrosamente en 10 de agosto del año 258 en el campo de Veran, cerca del camino que conduce á Tibur¹. La muerte de san Lorenzo fué la de la idolatria, pues desde entonces declinó ésta continuamente.

Apenas acababa de cerrarse el sepulcro del gran Arceadiano de Roma, cuando se abria otro en las puertas del Cartago para recibir el precioso cuerpo de un ilustre pontífice. Este nuevo Mártir, este obispo, una de las antorchas de la Iglesia, es san Cipriano. Tuvo por padre á uno de los principales senadores de Cartago, y dotado de un raro ingenio, fué desde muy jóven profesor de elocuencia, con cuyo empleo, que era antiguamente muy honroso, Cipriano vivia de un modo conforme á su ilustre nacimiento, no abandonando las supersticiones del Gentilismo hasta que llegó á la edad madura. Sus virtudes y sobre todo su ardiente celo no tardaron en elevarle al sacerdocio y al episcopado, y ocupaba hacia algunos años la sede de Cartago cuando se tuvo noticia del edicto de persecucion; apenas fué publicado, cuando los gentiles corrieron á la plaza gritando: «¡Cipriano á los leones! ¡Cipriano á las fieras!» En 30 de agosto del año 258 fué preso y conducido á la presencia del procónsul Paterno, el cual le dijo: «Nuestros religiosos emperadores Valeriano y Galieno me han escrito mandándome que obligue á abrazar la religion de los romanos á todos aquellos que no la profesen, y te he mandado venir para pedirte cuenta de tu creencia y de tus pensa-

¹ En el dia es la célebre catacumba de San Lorenzo.

«mientos acerca de la orden de nuestros príncipes. ¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál es tu calidad?

CIPRIANO. «Soy cristiano y obispo. No conozco mas que á un «Dios, criador del cielo, de la tierra, del mar y de cuanto contienen, y á él servimos los cristianos. Noche y dia imploramos su «misericordia para nosotros, para los hombres todos y para la prosperidad de los emperadores.

PATERNO. «¿Persistes en esta declaracion?

CIPRIANO. «Cuando la voluntad es recta y adicta al Señor, jamás «cambia.

PATERNO. «Te destierro á la ciudad de Curubo.

CIPRIANO. «Allá iré.

PATERNO. «Dime cuántos presbíteros hay en la ciudad.

CIPRIANO. «No me es dado revelarlo; las leyes romanas castigan «á los delatores; mas puedes hallarles en sus casas.

PATERNO. «Yo me encargo de descubrirles: además he dado órdenes para impedir vos vuestras reuniones y la entrada en los cementerios; el que se atreva á infringirlas será condenado á «muerte.

CIPRIANO. «Cumple lo que te está mandado.»

Curubo, donde fué desterrado el Santo, era una pequeña ciudad distante unas diez y ocho leguas de Cartago: el diácono Poncio y algunos otros cristianos compartieron con él su destierro, hasta que habiendo Galerio Máximo sucedido á Paterno, dióse al Santo la libertad de volver á su residencia, si bien se detuvo en una apacible quinta que tenia en las inmediaciones de Cartago, y que habia comprado en beneficio de los pobres, al recibir el Bautismo. Pocos dias hacia que gozaba el Santo de tan agradable retiro, cuando vió llegar á los oficiales del Procónsul; mas como estaba dispuesto á todo, les recibió con rostro alegre y tranquilo; los oficiales mandáronle subir á un carro y le trasladaron á la quinta en que vivia el Procónsul por motivos de salud; pero como Galerio aplazase el interrogatorio para el dia siguiente, fué conducido el Mártir á Cartago para ser custodiado en la casa de uno de los oficiales que le habian preso.

Luego que cundió la noticia de la prision de Cipriano, fué general la alarma en toda la ciudad, rodeando la casa que le servia de cárcel una gran multitud de pueblo. El oficial que custodiaba á Cipriano tuvo durante aquella noche toda clase de consideraciones para

con su prisionero, y permitió á sus amigos que le visitasen y que cenasen con él. Á la mañana siguiente, que segun refiere el diácono Poncio fué un dia de gozo para el santo Obispo, fué éste conducido con una buena escolta al pretorio, y sentándose el procónsul Galerio en su tribunal, mandó entrar al Santo en la sala de los criminales, y le dijo:

«Thascio Cipriano, ¿es cierto que eres cristiano?

CIPRIANO. «Sí, lo soy.

GALERIO. «¿Eres tú el obispo y el padre de esos impíos?

CIPRIANO. «Sí, soy el obispo de los que tratais de impíos.

GALERIO. «Los sagrados emperadores te mandan practicar las ceremonias de la religion romana.

CIPRIANO. «No puedo.

GALERIO. «Piensa en tu vida.

CIPRIANO. «Cumplid lo que os está mandado: la justicia de la «causa que defendiendo no me permite vacilar sobre el partido que debo tomar.»

Galerio, despues de indagar la opinion de su Consejo, continuó de esta manera: «Hace mucho tiempo que vives en la impiedad, y «que excitas á muchos desgraciados á conspirar contigo contra los «dioses del imperio; nuestros sagrados emperadores Valeriano y Galieno no han podido hacer que volvieses á su culto, y puesto que «no te causa rubor el ser el autor principal de semejante crimen, «servirás de ejemplo á los que has seducido, y la obediencia á las «leyes quedará restablecida con tu sangre.» Tomando en seguida unas tablillas, escribió en ellas la siguiente sentencia que leyó en alta voz: «Mando que Thascio Cipriano sea decapitado.» Cipriano se limitó á exclamar: «¡Alabado sea Dios!» mientras que los cristianos que se hallaban presentes gritaban que querian morir con su Obispo.

Al salir el Santo del pretorio, agrupáronse á su alrededor un gran número de soldados, y pusieron á su lado algunos centuriones y tribunos; con esta escolta fué conducido al campo, á un lugar llano y cubierto de árboles, á los cuales se encaramaban muchos que no podian verle á causa de la gran multitud que le seguia. Llegado al lugar del suplicio, quitóse el manto, que era de un color oscuro, arrodillóse y oró un breve espacio; en seguida se despojó de su dalmática, la dió á algunos diáconos que le habian acompañado, quedándose cubierto con una sencilla túnica de lino; al acercarse el

verdugo mandó darle veinte y cinco monedas de oro; luego vendóse él mismo los ojos, y dijo al presbítero Juliano y al subdiácono de igual nombre que le atasen las manos. Los hermanos extendieron lienzo á su alrededor para recibir su sangre, y un instante despues recibió el Santo el golpe que terminó su vida mortal y dió principio á su gloriosa vida. Los fieles trasladaron su cuerpo á un campo vecino y le enterraron durante la noche con gran solemnidad ¹.

¿No es cierto que no se sabe qué admirar mas, si la firmeza del Mártir ó el valor de nuestros abuelos, que no temian exponer su vida acompañándole hasta el pié del cadalso?

Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los grandes ejemplos de virtud que nos dáis en las personas de los Mártires; comunicadme parte de la caridad de san Lorenzo y de la fe de san Cipriano.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero socorrer y respetar á los pobres.

¹ Las principales obras de san Cipriano son:

- 1.º Su *Epístola sobre el desprecio del mundo*;
 - 2.º El libro *de la vanidad de los ídolos*;
 - 3.º Los dos libros *del Testimonio*, donde reunió todos los pasos relativos á Jesucristo y á la Iglesia;
 - 4.º El libro *de la Conducta de las vírgenes*. El Santo manifiesta en él la grandeza de su estado y les traza las reglas de conducta que deben seguir;
 - 5.º El libro *de la Unidad de la Iglesia*, elocuente demostracion de la necesidad de la unidad de la Iglesia;
 - 6.º El libro *de Los que han sucumbido*. Durante la persecucion de Decio sucumbieron algunos cristianos, y el Santo despues de exaltar la corona de los Mártires, deplora con amargura las apostasias; pasa luego á los remedios, y se opone á los que piden una penitencia excesivamente pronta;
 - 7.º El libro *de la Oracion dominical*; en él se explican todas las peticiones del *Padre nuestro*, y se indican las horas en que oraban los primitivos cristianos;
 - 8.º El libro *de la Mortalidad*, compuesto con motivo de una peste que desoló el Africa; el Santo manifiesta en él cuáles deben ser los sentimientos y la conducta de los cristianos en las calamidades públicas;
 - 9.º Sus *Epístolas* en número de ochenta y una.
- Lactancio dice de san Cipriano que tenia todo cuanto constituye á los grandes oradores: sabia agradar, instruir y persuadir, sin que sea posible decidir cuál de esas tres dotes poseia en grado mas eminente.

LECCION XVI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS III Y IV).

Juicio de Dios sobre Valeriano.—Persecucion particular bajo el imperio de Aureliano; retrato de este Príncipe; martirio de san Dionisio.—Juicio de Dios sobre Aureliano.—Décima persecucion general bajo el imperio de Diocleciano y Maximino; retratos de ambos Príncipes; martirio de san Ginés, y de la legion Tebana.—La Iglesia consolada: vida de san Pablo ermitaño.

Como todos los demás perseguidores, Valeriano debió servir de monumento de la justicia de Dios, y manifestar á las generaciones venideras que nadie se rebela impunemente contra el Señor y contra su Cristo. Habiendo partido al Oriente á fin de rechazar á los persas, que habian invadido las provincias del imperio, fué hecho prisionero en el año 260, y el rey Sapor le condujo á su corte, donde le obligó á servirle de escalon siempre que montaba á caballo ó subia á su carro. Hé aquí un triunfo, le decia insultándole, que los romanos no pintarán en sus paredes. Para aumentar la pena del perseguidor, quiso Dios que su hijo y sucesor no pasase cuidado alguno para libertarle, y despues de haber expuesto el nombre romano á los insultos de los bárbaros, murió Valeriano miserablemente; Sapor lo mandó desollar ¹, y habiendo hecho curtir su piel y teñirla de rojo, la colgó en un templo, como un eterno monumento de vergüenza para los romanos, ó mejor de la venganza de Dios. Despues de tan terribles castigos impuestos á los perseguidores del Cristianismo, ¿no causa admiracion que haya aun hombres bastante audaces para conspirar contra el Dios omnipotente que destruye á los monarcas y á los pueblos como frágiles vasos?

Aureliano, olvidando tan grandes lecciones, no tardó en provocar la Justicia divina persiguiendo á los cristianos; este Emperador, que subió al trono en el año 270, era hijo de un arrendatario de tierras de los alrededores de Sirmium en Iliria; su alma brutal y gro-

¹ Algunos autores pretenden que fue desollado vivo.